

EL RASTRO DE ANTONIO CORNEJO POLAR

Mario Benedetti

Antonio Cornejo Polar es un nombre fundamental en la cultura latinoamericana, no sólo por su erudición y rigor crítico, sino también por su capacidad de docente, movilizador de ideas y lúcido evaluador de las controversias éticas y estéticas que suelen tener lugar en el campo de las letras y las artes continentales. Por otra parte, su empresa más ambiciosa, la *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, con su cuarto de siglo de existencia, sin duda constituye, en su estricta franja profesional, el aporte más relevante de este lado del mundo.

Aproximadamente ese mismo lapso abarca mi amistad con Antonio, un vínculo que siempre se mantuvo, a pesar de largos períodos en los que la geografía y las respectivas faenas nos mantuvieron alejados. Pese a todo, éstas últimas a veces nos reunían, ya fuera como miembros de un jurado literario, o compartiendo un seminario sobre crítica o coincidiendo en algún congreso de escritores.

En Lima, La Habana, Caracas o Madrid, siempre encontré un Antonio afectuoso, sagaz y bienhumorado. Mi exilio político, que duró desde 1973 a 1985, tuvo su segundo capítulo en Lima, y allí, tanto Antonio como Cristina me ayudaron todo lo que pudieron (hasta me prestaron una máquina de escribir), y fue gracias a ellos y otros buenos amigos que pude sobrellevar las arduas condiciones de esa triste temporada, que culminó con una segunda expulsión y el comienzo de un tercer exilio.

Como muestra del buen humor y la espontánea ironía de Antonio, recuerdo un episodio de 1977, en ocasión de celebrarse en Caracas, organizado por el Centro Rómulo Gallegos, un ciclo sobre Crítica Literaria Latinoamericana. Al margen de los debates programados, Antonio pronunció una excelente conferencia, y a continuación se abrió el tradicional turno de preguntas. Tras responder a las normales consultas de cuatro o cinco asistentes, el conferenciante debió soportar a un singular intelectual cuya interrogante (casi una conferencia) ocupó quince o veinte minutos. Una vez concluida, para alivio general, aquella pregunta de tan largo alcance (por supuesto he olvidado de qué trataba), Antonio

sonrió amigablemente y sólo dijo: “No”. El oportuno monosílabo fue seguido de una cerrada ovación.

Las contribuciones de Cornejo Polar al análisis literario merecen un amplio estudio que ignoro si ya se ha hecho, pero que algún día lo situará como figura clave en el desarrollo de la cultura de América Latina. Ahora, por razones de espacio y oportunidad, sólo quiero mencionar uno de sus últimos aportes. Me refiero al artículo “Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas. Apuntes” (incluido en el # 47 de la *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*) y, dentro de ese texto, a lo que el autor llama “el excesivo desnivel de la producción crítica en inglés, que parece –bajo viejos modelos industriales– tomar como materia prima la literatura hispanoamericana y devolverla en artefactos críticos sofisticados”.

En el desarrollo posterior, Cornejo señala que “los textos críticos en inglés suelen utilizar bibliografía en el mismo idioma y prescindir, o no citar, lo que trabajosamente se hizo en América Latina durante largos años”. Y agrega que “su extrema preferencia por el estrecho canon teórico posmoderno es una compulsión que puede llegar hasta el ridículo”.

Ya entonces me pareció formidable que un investigador latinoamericano, de la categoría de Antonio Cornejo, detectara, precisamente desde el medio universitario estadounidense, ese esquemático, erróneo y limitado enfoque de las letras latinoamericanas. Y aquí una referencia personal, que va en apoyo de ese alerta. En 1985, refiriéndome a Juan Carlos Onetti, señalé que, a partir del Premio Cervantes, que le fuera concedido en 1980, la fama del novelista uruguayo se había introducido en los medios lingüístico-literarios de los Estados Unidos. La avalancha de hispanistas que en incontables *colleges* y universidades de aquel país dedican tiempo y monografías al estudio de sus novelas, de sus cuentos y hasta de sus viejas crónicas humorísticas, asume por supuesto otro carácter que el de los viejos y fieles estudiosos onettianos del Cono Sur. Su obra es así acribillada por expertos en lingüística, intertextualismo, semiótica, posmodernismo, desconstruccionismo, teoría del simulacro y otras modalidades del actual esperanto crítico.

Señala asimismo Cornejo que “el masivo estudio de una lengua extranjera para el estudio de la literatura hispanoamericana está suscitando además [...] una extraña jerarquía en la que los textos de esta condición resultan gobernando el campo general de los estudios hispanoamericanos. Me temo, en este sentido, que estamos generando una extraña crítica diglósica”.

Esa reivindicación del español para juzgar la literatura hispanoamericana, así como la denuncia de “una falsa universalización de la literatura a partir del instrumento lingüístico con que se le trabaja”, formulados por Cornejo, son todo un aviso a los navegantes, especialmente a los que vuelven a sus respectivos puer-

tos de origen con llamativos doctorados. Por lo general éstos se ciñen a una severa especialización que suele ser completa pero que también es excluyente.

Siempre recuerdo un episodio que viví en la UCLA, Los Ángeles, allá por 1969 (cuando aún me otorgaban visa). Conocí entonces a un amable profesor (hispanista, norteamericano) que había alcanzado su doctorado con una extensa tesis sobre Juana de Ibarbourou. El hombre lo sabía todo sobre la autora de *Las lenguas de diamante*: no sólo lo relacionado con su obra poética, sino hasta los detalles más insignificantes de su vida, su vivienda, su mobiliario, sus manías, su vestuario, etcétera. Confieso que me dejó asombrado. No creo que exista en Uruguay alguien que posea una información tan exhaustiva sobre nuestra poeta. Un rato después, como yo pensaba quedarme un par de días en Los Ángeles, se me ocurrió pedirle alguna información sobre los museos de la zona, especialmente el Huntington Art Museum. El especialista en Juana de Ibarbourou me respondió que nunca los había visitado. "It's not my field", aseguró impertérrito. Me temo que me habría contestado lo mismo si le hubiera preguntado sobre Delmira Agustini o Julio Herrera y Reissig. Su coto cercado se llamaba Juana, y punto.

Un valor agregado en la trayectoria de Antonio Cornejo es su casi obsesión de que el estudio de la literatura hispanoamericana pase primordialmente por el español, y en todo caso, sólo subsidiariamente por el inglés u otras lenguas dominantes. Quiero concluir esta modesta aproximación de amigo con otra reveladora cita de Antonio: "Sin quererlo estamos arañando de nuevo la idea de 'literatura universal', sólo que esta vez se trataría de un extraño artefacto totalmente hecho en inglés –precisamente– en el idioma de la hegemonía que habla de por sí de lo marginal, subalterno, poscolonial". Se me ocurre que nuestro mejor homenaje a Antonio sería liberarnos de esa hegemonía.